

Editorial

La marca del caracol

*Mucho tiempo -mucho muerte- ha pasado desde que Adorno planteara la dificultad, si no la imposibilidad, de escribir poemas después de Auschwitz. Y el mismo Adorno, en su **Dialéctica negativa**, volvió sobre la cuestión: «La perpetuación del sufrimiento tiene tanto derecho a expresarse como el torturado a gritar; de ahí que quizá haya sido falso decir que después de Auschwitz ya no se puede escribir poemas. Lo que en cambio no es falso es la cuestión menos cultural de si se puede seguir viviendo después de Auschwitz, de si le estará **totalmente** permitido al que escapó casualmente teniendo de suyo que haber sido asesinado». En el mundo del espanto, y sobre todo de la indiferencia ante el espanto -son palabras de Adorno-, hemos devenido **en sobrevivientes** apenas casuales.*

*Traducido al terreno de la creación artística e intelectual, esto produce, entre los profesionales de la cultura, «una sensación de cierta ausencia, de no entrar en el juego; es como si ellos no fuesen en absoluto ellos mismos, sino una especie de espectadores». Lo que exige, en aras de la autenticidad, no sólo «la reflexión del pensamiento sobre sí mismo» sino «pensar también contra **sí mismo**», so pena de convertirse «por anticipado en algo de la misma calaña que la de la música de acompañamiento con que las SS gustaban de cubrir los gritos de sus víctimas».*

*La problemática tan ásperamente planteada por Adorno la ha retomado George Steiner en su **Lenguaje y Silencio**, relacionando «la tentación del silencio» con el horror del mundo contemporáneo que hace prácticamente **inútil** -cuando no contraproducente, **alienante**- a la literatura y el arte en general. En último término: «Es preferible que el poeta se corte la lengua a que ensalce lo inhumano, ya sea por medio de su apoyo o de su incuria. Si el régimen totalitario es tan eficaz que cancela toda posibilidad de denuncia, de sátira, entonces que calle el poeta».*

*En un medio cultural aparentemente dominado por escalofríos económicos (dozavos, subsidios, bolsas, becas...) y tropismos burocráticos (nada de aquel lejano «poder cultural» que planteara ¿Pasquali?: «**la cultura para, el que trabaja**»), las palabras de Adorno y Steiner pueden sonar a oscuros terrores germánicos o a tortuosidades centroeuropeas. Estamos en el trópico, ¿no? A lo*

más, la duda nos llevaría a la discreción, sugeriría extremar la elegancia, ante la prescindibilidad de lo que hacemos: manchar papeles.

Y entonces, en las páginas ¡de cultura! del diario venezolano El Nacional, hete aquí que aparece Matías Camuñas, párroco de Petare, coordinador de la parada del Papa en el Retén de Catia -y al que no han renovado su pase para entrar al Retén-, declarando: «Yo digo que hoy es mucho más subversivo un libro que un chuzo; hoy es mucho más revolucionario el estudio que un tabaco de marihuana y que esas granadas que deben de meter los mismos oficiales. Las autoridades no ayudan a que se desarrolle esa cultura precisamente por eso. (...) Hoy el gran arma que tiene un interno o la gente del pueblo es la cultura, y me da la impresión de que en muchas ocasiones lo están reprimiendo o lo están impidiendo».

El mismo día, en el mismo periódico, un reportaje de Ibeyise Pacheco abunda sobre ese espanto carcelario, algo así como nuestro Auschwitz «ordinario», cotidiano, al que, por saturación informativa, solemos reaccionar con indiferencia, como verdaderos sobrevivientes. Copio el primer párrafo del largo artículo: «En el retén de Catia encontraron una vez un cadáver picado en pedacitos y repartido en dos baúles. El muerto resultó víctima de una venganza. Había osado enfrentarse al jefe de una de las bandas. Otros que han sobrevivido saben que la sumisión o el pago son las únicas salidas. A pesar de la humillación de tener la marca de la ley del caracol. Con esa ley, el preso nuevo es retado a enfrentarse al jefe de la banda del pabellón donde fue asignado. Si el jefe gana -lo que ocurre casi siempre- el nuevo pasa a convertirse en 'la mujer' de él y de todos los miembros de su grupo. Después que ese preso ha sido la mujer de todos, realizan una ceremonia donde calientan al máximo la hornilla de una cocina eléctrica y se la pegan en la nalga derecha. Esa es la marca del caracol».

Si las palabras del cura Camuñas, párroco combativo de barrio y cárcel, parecieran actualizar aquello del «mandato social» de que hablaba (¡dios mío, allá lejos y hace tiempo!) Maiakovsky, dejando en nosotros incomodidad y sorpresa, nos preguntamos, eso sí, hasta qué punto no lleva nuestra cultura la infamante marca del caracol de la sumisión.

Que cada uno, pues, se palpe y se mire. Y ¿«despierte y reaccione»?

Julio Miranda